

## DIRECCION:

Calle de Velázquez, núm. 106.  
Teléfono núm. 55119.

## ADMINISTRACION:

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.  
Teléfono núm. 90545.

20 céntimos

# Criterio

Revista semanal de orientación política y literaria



## SUSCRIPCIONES

## ESPAÑA:

Trimestre, 2,75 ptas.; año, 10,00 ptas.

## PORTUGAL Y AMERICA:

Semestre, 8,00 ptas.; año, 15,00 ptas.

## OTROS PAISES:

Semestre, 16,00 ptas.; año, 32,00 ptas.



LA POLITICA DEL CAMBIO. por CE

Se va la Compañía de Jesús y vienen Caiffa y compañía.

## POLITICA

por Luis HERNANDO DE LARRAMENDI

"A mis queridos amigos los integristas:

Al realizarse la unión tanto tiempo anhelada de integristas, carlistas y jaimistas, en el gran partido de la Tradición, desaparece la organización política cuya Jefatura me encomendasteis a la muerte de nuestro inolvidable don Ramón Nocedal, que he venido desempeñando casi por un cuarto de siglo.

Integro hemos conservado el depósito sagrado de los principios que juramos defender. Hoy nuestra gran Comunidad la acaudilla nuestro Augusto desterrado, el señor duque de San Jaime, constituyendo esas doctrinas y el depósito de abnegación y sacrificio que siempre nos informó, nuestro mejor bagaje.

No sería caballero si dejara de manifestaros públicamente, al despedirme de vosotros como jefe, ya que como soldado sigo conviviendo con vosotros con más entusiasmo que nunca, mi profundo agradecimiento a las facilidades, lealtad y disciplina con que en todo momento me ayudasteis a llevar la pesada carga, y en ocasiones, en trances bien delicados y difíciles por cierto.

Quede mi gratitud enclavada en estas líneas, pidiéndos por último que todas esas virtudes, si cabe acrecentarlas, las mantengáis en la unión que Dios bendice desde el cielo, para que ella nos lleve al triunfo que todos deseamos.

De todos afectísimo y cordial amigo y correligionario

JUAN DE OLAZABAL"

Esta admirable carta es el único acto verdaderamente político de los momentos actuales.

Acto constructivo, tanto, que es edificante. Antirrevolucionario, como que reúne en el acatamiento del derecho. Patriótico, pues fortifica la defensa de la tradición nacional. Cristiano, ya que ofrenda al deber cualquier estímulo y hasta muchos y grandes merecimientos de orden personal.

Así se hubiese reconstruido España. Con el opuesto espíritu ya se ve adónde hemos llegado.

Y mientras la vida española es toda revolución y desventura, ese es un acto de auténtica política.

## PICOTAZOS

por M. de P. OLMEDO

A un periodista francés que le interrogara acerca de cómo pudo disponer del dinero necesario para el éxito del fascismo, Mussolini le respondió: "No le sorprenda. Los burgueses de todas partes proceden lo mismo. Aquí, en Italia, permanecieron sordos, durante mucho tiempo, a todo llamamiento a su bolsa, cerrando los ojos ante los inequívocos signos pre-revolucionarios. Pero un día los comunistas saltaron la casa del más importante metalúrgico y constructor de automóviles del reino, se apoderaron de su esposa y de su hija y las llevaron a la cantina de la fábrica. Allí, delante de millares de energúmenos que vociferaban, las infelices fueron desnudadas completamente, y las echaron sobre sus cuerpos sopa hirviendo, restos de comida y finalmente las propinaron una paliza. Aquella misma tarde, dicho industrial me enviaba el ofrecimiento en firme de la cuarta parte de su fortuna. Ocho días después, la mayoría de los industriales y comerciantes italianos hacían lo mismo. Y así pude yo crear las milicias del orden contra el desorden."

"¿Qué sustancioso y ejemplar es lo que cuenta Mussolini en las anteriores palabras! La vida cómoda, la lucha exclusivamente económica, el materialismo que se infiltra en las almas vulgares si no se les somete a altas presiones, han convertido a la burguesía, a la aristocracia del linaje y aun a muchos obreros sensatos en algo enclenque y tímido, carne de cañón de los osados y audaces. Conservadores instintivos del dinero y de la vida sólo son capaces de arriesgar uno y otra cuando ya no hay más remedio: cuando están, como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared. Mientras ese instante no llega, ya puede hundirse el mundo si entre los escombros queda un hueco libre para comprar y vender, tirar al pichón o ir al cine."

Y es que la vida no puede desarrollarse pacíficamente. La lucha es continua de unos contra otros y de todos dentro de sí mismos, por aletargadas que tuvieren las conciencias. La paz es un ideal inalcanzable mientras la naturaleza del hombre no varíe. Por ello presenciamos con asombro que en esta época de predicaciones pacifistas hay tanta belicosidad como en las más guerreras de la historia. Los socialistas y comunistas hablan de paz entre naciones, pero en cambio excitan a la lucha de clases dentro de cada país, lucha civil, tan cruel, tan agotadora, como todas las de esa índole. Cain se enardece y exclama y ¡ay de los Abeles que no se defiendan! No prestemos oídos a esa sirena pacifista que intenta enervarnos y paralizarlos. Hay que ponernos en pie y fortalecer músculos y nervios. Vivimos una época caótica, de bajo nivel moral, pero que tiene una cierta grandeza romántico-heróica. El burgués estigmatizado por Maupassant o Flaubert: el señor Esteve de Rasiñol, ha sido rebasado. La vida no es una serie de digestiones mezcladas con operaciones mercantiles o audiciones de radio. El porvenir pertenecerá a los que, pocos o muchos, sientan en el fondo de sus almas ideales religiosos y patrióticos y sepan y puedan cumplir los altos y nobles deberes que ellos imponen. Porque es un error creer que el hombre expone su vida o su dinero por fines meramente materiales: la abnegación, el entusiasmo, el sacrificio, sólo se ponen al servicio de lo que rebasa nuestros horizontes sensibles y terrestres. Despertemos, pues, del letargo enervante en que vivíamos y dispóngamonos, no a defendernos, sino a defender los principios de donde mana toda nuestra vida espiritual.

Los horizontes son sombríos. Aquí, en nuestra patria, no es menester recargar las tintas. Esto, Inés, sólo se alaba... Por desgracia, peor que los nubarrones negruzcos son la inercia y apatía de las almas y la desarticulación de todos los resortes y mecanismos de la vida social y política. Pero por fuerza las conciencias tienen que despertar; si no por razones, a latigazos. Y España se pondrá en pie y echará a andar de nuevo. Porque ahora, pese a estos extremistas del progreso y la revolución, no sólo está quieta, sino que retrocede. La infancia y la juventud, sobre todo, son nuestra esperanza y nuestro temor. Hay que formar sus almas de tal modo que nadie pueda luego deformarlas. Y la higiene mental debe ser tan completa que se incapacite a los microbios malféficos para que actúen. Es el método seguido por el fascismo italiano. El hará que dentro de unos años el comunismo, y el socialismo, y la indiferencia moral, patriótica y religiosa sean muy difíciles, por no decir imposibles. Españoles católicos y patriotas: ¡hay que salvar nuestra infancia y nuestra juventud y con ellas a la religión y a la patria! ¡Hay que poner los cimientos sólidos para un porvenir que nos indemnice de este vergonzoso presente!

Pero mientras aquí chapoteamos en el lodo, el Japón ha tirado la piedra en la cenaga donde croan las ranas de la Sociedad de Naciones sus vanas fórmulas. ¿Será aquél imperio místico-heróico, que, por su fortuna, conserva aún instituciones de hace siglos, el San Jorge que dé el golpe de gracia al dragón ruso?

Sentimos ante el gesto japonés una emoción y una admiración muy grandes. El representa el triunfo del espíritu sobre la materia; de la jerarquía y la disciplina sobre la bárbara igualdad en la ignorancia y en la miseria del comunismo ruso. ¡Vamos a ver si el oso ruso tiene más agilidad que en tiempo de los zares! Sobre el hambre de todo un pueblo idiotizado esos tiranos rojos dicen haber creado un formidable ejército. ¡Pobres pacifistas bolcheviques, cuánto sufrirán si tienen que emplearlo! No nos alegráramos porque deseamos entre los hombres esa fraternidad más necesaria que la libertad y la igualdad, y no menos utópica; pero seríamos insinceros si no confesásemos otro deseo, tal vez pecaminoso: y es el de presenciar cómo la espada providencial del Japón nos libere de esa pestilente pesadilla del comunismo ruso.

## Fuego en Oriente

por Tristán DE MARTIARTU

La Sociedad de Naciones, se dice, no puede lograr la paz en China porque no tiene fuerza coactiva. Luego no sirve para nada. Y se replica: No, no. Tiene una fuerza moral.

Si, la que pueden dar de sí los partidos políticos en lucha y hombres de su seno como Briand. ¡Buena fuerza moral! La que se produce con el manejo de la comparsa destinada a las ovaciones espontáneas.

Fuerza moral sólo puede tenerla eficaz la Iglesia.

Y así, entre brumas democráticas, confundidas las cosas y extraviados los caminos, con la boca llena de las bellas palabras Progreso, Paz, el mundo moderno llega al término de su civilización con las perspectivas de una guerra sin espanto semejante en la historia.

¿Ha comenzado en Oriente ya?... Quién sabe.

El Japón es quizás el único pueblo bastante sano que hay en el mundo civilizado. Sabe que a las bazofias ideológicas de la Sociedad de Naciones podía impunemente oponer su mano dominadora en la tierra China. Y que necesita expansión su pueblo, y el Oriente, orden.

Uno a uno, los estados que más rivalidad han mostrado siempre al Japón irán razonablemente, y hasta echando buenas cuentas para sus intereses de mercados, dejando libre la acción nipona.

Y el ejército ruso, terrible azote de los pobres esclavos del soviét, ha sido buen chico ante los soldados japoneses, dejándoles manejar el ferrocarril que custodiaban.

Japón conquistará si quiere fácilmente China, y si tropezase con Rusia, acabaría la tiránica y horrenda U. R. S. S. Dura es una perspectiva de guerra tan extensa y terrible; pero acaso el cáncer de la revolución universal, judía y masónica, al que ha colaborado la mentecatez democrática hasta con instrumentos católicos, sólo pueda ser vencido y sajado por la espada japonesa.

En Oriente surge una fuerza de orden poderosísima. La gravedad del mundo tiende a ponerse en Asia. Ahora es cuando comienza a dibujarse una nueva edad, una nueva época, hasta una nueva civilización en donde Cristo tendrá mejor trono.

Pero la revolución no ha servido, ni podía servir, más que de carcoma, polilla y ruina de Europa.

## Versos del momento

por M. de P.

¡Carnaval, carnaval!  
¡Alegría animal!

Se dicen tonterías  
como todos los días.

¡Para qué la careta  
si nada se respeta?

¡Para qué la ficción  
entre la sinrazón?

¡Viva la zoología!  
Es decir... la alegría.

Y viva nuestra España  
vestida hoy con tal maña.

que yo no soy capaz  
de verla sin disfraz.

¡Cómo marcha a empujones  
entre los mascarones!

¡Quién reconoce en ella  
a la matrona aquella

antes aristocrática  
y hoy archidemocrática;

y que de ser histórica  
pasó a ser una histérica?

¡Oh madre de una raza  
de que no queda traza!

De tanto disfrazarte  
yo temo no encontrarte.

Y si al fin vuelvo a verte,  
temo no conocerte.

La vida se desliza  
del goce a la ceniza.

Y no es nada hiperbólico  
que sea más simbólico

que nunca, este final  
de cierto carnaval

que empezó en primavera  
y tal vez pronto muera.

Carnaval, carnaval,  
me parece muy mal

divertirse la gente  
entre tanto indigente.

Momento grave y serio,  
digno de un monasterio.

Hagamos penitencia  
y examen de conciencia.

Y evitemos hacer  
del mañana otro ayer.

Tropezar una vez  
pase... Dos es sandez.

¡Españoles!... ¡Alerta!  
Y tú, España, ¡despierta!

Fuera disfraces necios  
y a ser sabios y recios.

Que acabe el carnaval,  
nos pongan la ceniza

y mate cada cual  
la sierpe que en el alma se desliza.

¡Triste hora de España! No estamos al borde del abismo; hemos caído en él.

¡Cuán loca, presumiendo de sensatez, ha minado dentro del propio reducto las defensas! ¡Cuán acomodado, pretendiendo manejar el océano, ha hecho de los naturales defensores cómplices inconscientes o ciegos de egoísmo.

En diez meses, que debieran haber sido una flama de purificadora acción, de abnegaciones generosas sin descanso ni límite, de iluminada claridad de las mentes y de los caminos, ¡todo igual!, temores femeniles, proceder ambiguo, habilidades ridículas y esperanzas vanas, pueriles y grotescas.

Ha llegado la hora del desengaño violento, brutal.

Ya no queda lugar ni para un grano del opio del mal menor.

Ya es tarde hasta para muchos heroísmos.

Sólo queda la única esperanza aunque todopoderosa: Dios.

Pero con sacrificios enormes de todos y de todo: de riquezas, de tranquilidades y de las propias vidas.

Porque el Señor muestra su rostro de las grandes justicias.



## ¡LUZ, MAS LUZ!

Por Víctor PRADERA

Luz, que se intitula diario de la República, y efectivamente lo es, ha publicado en lugar preferente de sus columnas la siguiente "Charla al Sol". En Luz no gastan menos.

La subtitulaba "Pruebas", y decía así: "Hay el aristócrata que al proclamarse la República retira sus fondos de los Bancos para ver si quiebran la República y la nación al mismo tiempo. Hay el que paraliza sus industrias o el cultivo de sus fincas a fin de multiplicar el número de hambrientos desesperados."

Hay el que pone pistolas y billetes en manos de los anarquistas.

Hay el que compra caballos del exrey y les da muerte para que no profanen sus lomos viles posaderas.

Hay el que no tiene inconveniente en comerciar con la República y le ofrece sus palacios en tres veces lo que valen.

Y hay el que era filántropo con la Monarquía y no ha podido seguir siéndolo desde el 14 de abril.

Volvamos a publicar los cuatro nombres que anoche destacaba Luz en su primera página: la duquesa de San Pedro de Galatino, el conde de la Címera, don Tomás Beruete y el marqués de la Vega de Anzo, que costearon sendas camisas para pobres tuberculosos en el Sanatorio de Valdelatas, no las costearon desde que advino este régimen. Habrá que dar más nombres.

Habrà que publicar la extensa lista de damas y caballeros que en tiempos de la Monarquía formaban aquella muchedumbre de Roperos, Patronatos protectores y juntas de beneficencia, y que se retrataban tantas veces en los periódicos dando de vestir o de comer al menesteroso, sin duda porque la fotografía era ante Dios una prueba documental de sus sentimientos caritativos, y que ahora han decidido que los menesterosos revienten, como si fuesen ellos lo que han traído la República.

Habrà que hacer cuidadosamente esa lista para que se vea de qué ruines espíritus formaba la Monarquía sus huestes doradas. Habrá que hacerla; porque si un buen día se le ocurre a Dios volver al mundo, los republicanos hemos de presentarle también nuestra prueba documental."

*Heliófilo*, que es el firme de ese trozo de sintaxis de carpintero, ironía de aldeano e ingenio de tasca, ya ha presentado su prueba documental, sin necesidad alguna de hacer la lista de los ruines espíritus de las huestes doradas de la Monarquía. Pero en vez de presentársela a Dios, que está muy alto, se la ha presentado al ministro de la Gobernación. Que éste no sepa qué hacer con esa prueba es cosa distinta. Que la arroje al cesto de los papeles viejos, muy probable. Hay torpezas tan grandes que ni siquiera consienten la aplicación de la ley de Defensa de la República. Porque la prueba documental que el pobre *Heliófilo* se imaginaba preparar para poner de manifiesto la ruindad de ciertas gentes le lleva a él directamente a Fernando Poo, o por lo menos a uno de esos incógnitos pueblecitos que vamos descubriendo con verdadera sorpresa patriótica.

Para *Heliófilo*, en efecto, quienes formaban la muchedumbre de Roperos, Patronatos protectores y Juntas de beneficencia eran multitud de damas y caballeros monárquicos que han decidido ahora que los menesterosos revienten. Y una de dos: o la lógica es un juego de palabras—poco más o menos como los de las "Charlas al Sol"—o *Heliófilo* ha dicho en la que comento, con su sintaxis característica, su ironía de complemento y su ingenio que tiene poco (¡ay!) de florete, que las damas y los caballeros monárquicos eran los que sostenían en el pasado régimen todas las obras de beneficencia y asistencia social, y que si hoy retirasen su concurso de ellas, los menesterosos no encontrarían quienes les sustituyesen y reventarían como triquitraques.

\* \* \*

Lo que en un instante de abandono, descuido o deficiente sintaxis se ha escapado a *Heliófilo*, no puede mantenerse mucho tiempo sin una auto-rectificación por honor de la República. *Heliófilo*, director de su diario, está más que nadie obligado a este esclarecimiento. Rectifique, pues.

Y no hay medio mejor de rectificar que oponer lista a lista, nombres a nombres. *Heliófilo*, que se considera obligado a publicar la extensa lista de damas y caballeros que en tiempos de la Monarquía formaban sus numerosísimos Roperos, Patronatos protectores y Jun-

tas de beneficencia, debe publicar frente a ella la que contenga—y no dudo que será asimismo extensa—los nombres de los caballeros y damas republicanos que ya durante el régimen monárquico figuraban también en aquellas obras admirables. *Heliófilo*, que va a entregar a la vindicta pública a los que habiéndose retratado con frecuencia extraordinaria dando de vestir (no es construcción mía, sino *heliófila*) o de comer al menesteroso le dejan que reviente (también es del léxico *heliófilo*) en castigo del advenimiento de la República, debe exponer a la pública alabanza a damas y caballeros republicanos que o se mantienen en los puestos que ya ocupaban durante la Monarquía, o han acudido presurosos a llenar los huecos causados por la ruindad de las huestes doradas del régimen caído.

¿Y por qué no extender esa lista a los que siendo republicanos costeaban camisas—culminación de la asistencia social en cuanto supone gasto y costancia—para pobres tuberculosos en el Sanatorio de Valdelatas, durante el período monárquico, y ahora, en vista de la defección pregonada por Luz, se han apresurado a sostener las abandonadas?

Si es cierto que Jesús aconsejó evangélicamente que la mano izquierda no supiese lo que daba la derecha, hay ocasiones en que la justicia ha de imponerse a la caridad y el precepto al consejo. Y esta es una de ellas. *Heliófilo* debe a la República, en su desagravio, esas listas. No reparé en herir la modestia de sus correligionarios de ahora, porque *Heliófilo*, por lo menos oficialmente, no era republicano cuando dirigía un periódico creado para defender la Monarquía.

\* \* \*

Pero en todo ello yo, que tengo un corazón bondadosísimo, le deseo más acierto que en la "Charla al Sol" que he trascrito a la cabeza de este artículo. Porque resulta que el señor marqués de la Vega de Anzo, al protestar de su contenido, ha recibido del señor director de Sanidad—que había propalado la noticia—toda clase de excusas y satisfacciones.

Porque la noticia no era cierta. El señor marqués de la Vega de Anzo no había dejado durante la República de costear la cama que en el Sanatorio de Valdelatas costeara durante la Monarquía. El señor marqués de la Vega de Anzo no ha decidido que los menesterosos revienten, como *Heliófilo* muy áticamente escribe.

Pero la intervención del director de Luz trasciende del caso particular del señor marqués de la Vega de Anzo y de las demás personas con el mismo citadas. Ninguna obligación legal les constreñía a levantar la carga de caridad que voluntariamente—como todo acto caritativo—se habían impuesto. Ni por tiempo determinado ni por cantidad global se habían comprometido jurídicamente en la obra generosa de auxilio a los menesterosos. ¿Qué tenían que hacer en ello, por lo tanto, Luz y *Heliófilo*? ¿Con qué derecho se inquieren—mejor dicho se imputan—motivos de conducta en quienes libremente ofrecieron una caridad, y con la misma libertad pueden retirar el ofrecimiento para lo futuro? ¿Qué es esa inquisición roja que se mete en las conciencias y en los bolsillos de los ciudadanos españoles?

Y en otro orden, es verdaderamente abominable que en medio de los azares angustiosos que denuncian a diario las planas de los periódicos, reseando las mil y una huelgas que sin descanso se suceden, los actos vandálicos que se cometen, los atentados a las personas y a la propiedad que dolorosamente ocurren, se estampen como se han estampado en Luz por *Heliófilo* estas truculentas frases:

"Hay el aristócrata que al proclamarse la República retira sus fondos de los Bancos para ver si quiebran la República y la nación al mismo tiempo. Hay el que paraliza sus industrias o el cultivo de sus fincas a fin de multiplicar el número de hambrientos desesperados."

Hay el que pone pistolas y billetes en manos de los anarquistas.

Hay el que compra caballos del exrey y los da muerte para que no profanen sus lomos viles posaderas.

Hay el que no tiene inconveniente en comerciar con la República y le ofrece sus palacios en tres veces lo que valen.

Hay el que era filántropo con la Monarquía y no ha podido seguir siéndolo desde el 14 de abril."

## CRUCIFIGE EUM!

Por Segundo D'ARSIAC

Cristo Nuestro Señor vino a dar a la Humanidad una regla y un ejemplo para cada momento de la vida.

No hay momento de nuestra vida que no tenga su "modelo" en la Vida, Pasión y Muerte de nuestro Redentor, para servirnos de espejo y ley.

Y la Historia, relato de los hechos humanos, es limitada como su sujeto; los hechos vienen repitiéndose con una periodicidad casi regular. La Humanidad sigue (y seguirá hasta su término) tan estulta y tan obtusa como la dejó el pecado de origen.

Cristo nace pobre; su Iglesia, símbolo de su Persona, nace pobre. A Cristo le siguen las turbas enloquecidas y aclaman y reconocen en El al Hijo de David, al que viene en el nombre del Señor, como el mundo "materialista" reconoce las excelencias de la civilización en la Iglesia de Cristo. Pero a los cuatro días esas m mas turbas, imbeciles y arrastradas por la maligna y diabólica palabra de escribas y fariseos, claman ante el Pretorio, que es el lugar de la Justicia: *crucifige eum!*, *crucifige eum!* y, exactamente de la misma manera, al poco tiempo de ponderar las excelencias de civilización que dejó Cristo con su Iglesia, como siguen clamando los nuevos escribas y fariseos: *crucifige eum!*, *crucifige eum!*

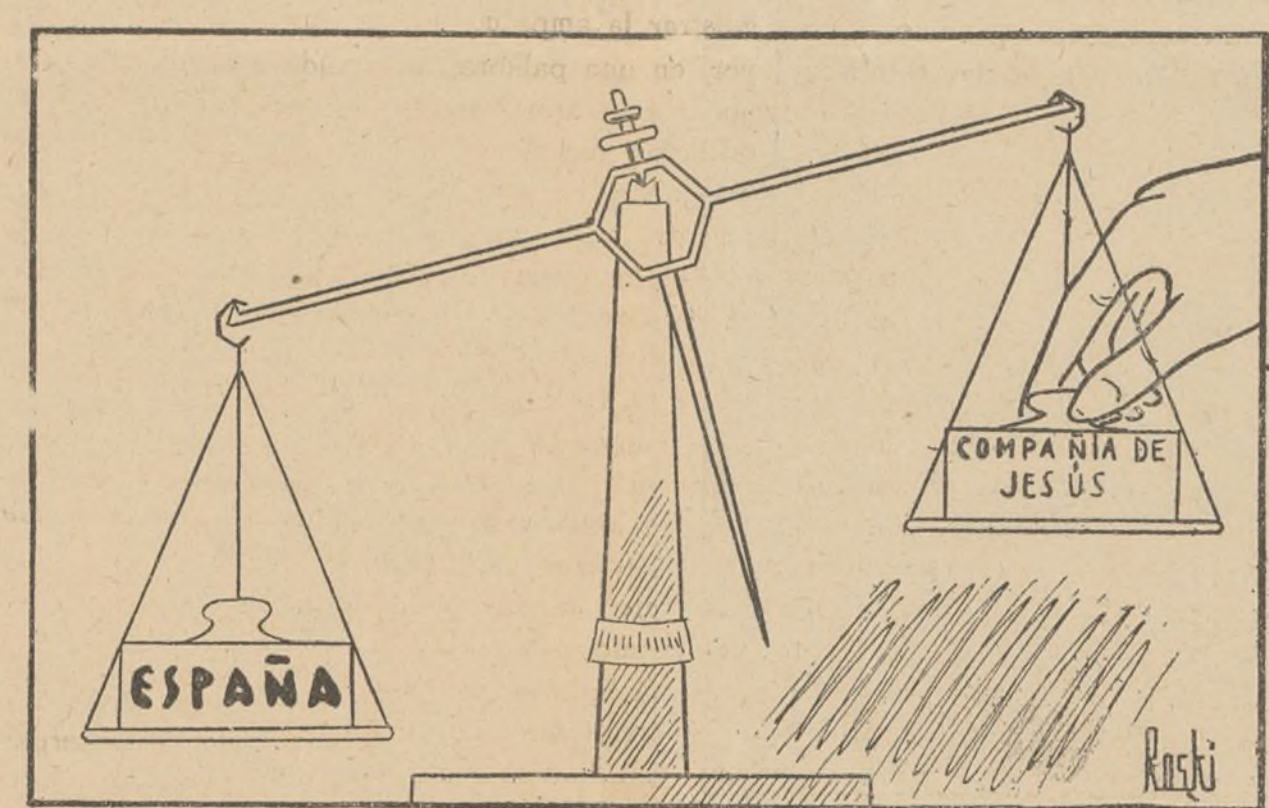
Que el cauce abierto a la sociedad, y particularmente a la nación española, es masónico, a nadie se le debe ocultar. Tampoco debe ignorar nadie que la masonería es la secta filial predilecta del judaísmo, de esa raza inconfundible que lleva y llevará sobre sí, hasta el término de la Humanidad, el peso mortal de la sangre del Justo, que cayó sobre todos sus hijos según lo pedían aquellas satánicas bocas y abyectos corazones: *sanguis ejus super nos et super filios nostros crucifige eum!*

Y vuelve a repetirse la escena en la Historia de la Humanidad.

De nada, absolutamente de nada y para nada, sirve que una legión de hombres, con la nobleza y la dignidad propias de quien tiene recto concepto de la justicia, a la que tanto se ofende por lenguas alevosas, clame ante el nuevo Pretorio contra una disposición cesarista y despotica, rabiosamente sectaria, demandada de los infernales antros judaico-masónicos, que va derecha a intentar destruir la Iglesia de Cristo. Intentar, decimos, puesto que no lo conseguirá nunca; ¡lo ois bien, sectarios!, nunca; porque quien puede mucho más que vosotros ha prometido que vuestras puertas, y vuestras ventanas, y nuestro averno entero no prevalecerán contra ella.

De nada ha servido que un puñado de hijos de Cristo clamen en favor de una institución de su Iglesia, aportando toda clase de razones y argumentos legales, sociales y jurídicos. Aquí no valen más argumentos que la voluntad de los nuevos escribas ayudados por los también nuevos fariseos que rasan impudicamente sus vestiduras con todo escarnio de la verdad, de la justicia y del derecho.

Mas... esperemos un momento y veremos como el nuevo Pilato declara que "no interviene en la causa del Justo" porque no ve razón ni motivo para ello; pues... como al igual que los de hace diez y nueve siglos, también éstos tienen sus leyes (unas leyes fabricadas con aquel mismo troquel fariseo, es decir, con vil metal aleado con fuerte dosis de perfidia), pueden prejuzgar, juzgar y sojuzgar según ellas y según su capricho; y a.i rubrica la entrega del Justo a la turba para que lo crucifique de nuevo, en forma de institución de Cristo. Y la turba sigue rugiendo: *crucifige eum!*



LOGICA

Si quitamos de la derecha, se hunde por la izquierda.

## Lo que va de ayer a hoy

Por C. LARA

Los tiempos cambian que da gusto.

Y es natural, con ellos, el parecer de los hombres, cosa no extraña en verdad, porque ya se sabe que la opinión del "sexo fuerte" no es ni firme ni constante.

Pero lo que ahora sucede es por demás chistoso (si en estos momentos trágicos pudiéramos estar para chistecitos).

Me refiero a la actuación de la mujer en la política. Por todas partes, en conferencias, en revistas, en periódicos, en conversaciones particulares, se escucha el eco insistente, que más parece angustiado clamoreo:

"La mujer... ¡Oh, la mujer!... Ella sola, ella tan abnegada, tan virtuosa, tan inteligente... "tan fuerte", será sin duda la salvadora de la Patria.

"La mujer debe luchar por la Religión; la mujer tiene el deber de defender con toda energía (vuelta a la energía) la libertad de enseñanza; la mujer debe oponerse tenazmente a todo lo que sea divorcio... y a todo lo que no debe hacerse..."

"Solamente la mujer, que no está gastada en política, que no está contaminada con los vicios masculinos, puede salvar la Nación."

Y todo está muy bien, pero que muy requetebien; pero ahora se me ocurre preguntar (creo que tengo derecho para ello, ¿no?)

Bueno; haremos todo eso que ustedes nos indican; ¡buen programa! para empezar nuestra actuación!, pero y los hombres, ¿qué? Porque yo creo, amigos, que ya que "ustedes perdieron a España, y esto no cabe duda", debían ser también ustedes los salvadores, o al menos los que con mayor empeño lo tomaran.

Pero no parece así, sin duda. Y lo mejor y más curioso del caso es que todos esos señores que ahora cantan nuestras alabanzas en diversos tonos, y algunos hasta en falsete, no hace mucho que decían estas y parecidas lindezas:

¡¡¡La mujer votar!!! Yo sí que voto solamente de pensarlo.

¡¡¡La mujer en la oficina!!!... quia, ni pensar!; nos roba el pan a los hombres.

¡Vengarnos de ellas no cediéndoles el asiento en el tranvía aunque lleven un par de gemelos en brazos!

No quitarse el sombrero en prueba de educación... ¡Que se fastidie!

Y otros más "comprensivos":

La mujer en la vida política... ¡¡¡U!!!

La mujer en la literatura... Marimachos.

La mujer en la medicina... en el foro... ¡hasta médicos de la marina mercante!

¡¡el desquiciamiento!!!

No, no; de ningún modo; la mujer ha nacido para ser reina y señora de nuestros hogares (en teoría, en la práctica, esclavas solamente); la mujer, madre; la mujer, hermana; la mujer, hija cariñosa.

Y otros más... "educados":

¡La mujer, a la cocina! La mujer, a zurcir los calcetines. La mujer, ¡¡ja fregar!!!

\* \* \*

Pero como ya hemos dicho que las cosas cambian, hete aquí, que los que antes nos señalaban tan aburridos papeles, tan prosaicos menesteres (y no digo otros por no permitirme mi educación y el respeto que debo a mis lectores, pero que algunos... eran de encarguito...), éstos, ahora nos elevan sin más ni más al altísimo nivel de las heroínas de la patria.

¡No será esto, más que galantería, un poco de egoísmo y otro poco de comodidad? Señores, que se les va a ver la oreja, síbanse la piel.

Ni tan bajo como antes ni tan alto como ahora. Cada cual en su sitio, y todos de común acuerdo, sin "heroínas ni héroes", luchemos unidos para salvar este pedazo de tierra que tanto amamos y que ellos, "desgraciadamente", dejaron perder, y que si Dios no lo remedia... vamos a perder del todo.

## DEMOCRACIA

Por el Doctor ALBINAÑA

DE COMO SE ENGAÑA AL PUEBLO. LAS GRANDES MENTIRAS DEMOCRATICAS.

Tú, lector, eres un hombre de buena fe, que crees todo lo que lees en los periódicos. Cuando te levantas por la mañana te encuentras con que por el módico precio de diez céntimos te entregan un diario, y encuentras en él la ración de espiritualidad que consideras indispensable para el día. Ya no te preocupas de nada más. Por una perra gorda has adquirido la norma de tu pensamiento, como por dos perras más adquieres el café con churro para el desayuno. Con sola esta diferencia: que el desayuno te sirve para entonar el cuerpo y la lectura te sirve para envenenar tu alma.

Lo que tú lees y admites como dogma indiscutible suele ser el producto malévolo de unas cuantas plumas alquiladas, que no tienen otra misión que apoderarse de tu espíritu en beneficio de sus ambiciones desahonestas y egoístas. Es como si al tomar el vaso de café una mano invisible hubiera depositado en el líquido una ponzoña que después te producirá dolores de vientre.

Así, día tras día y año tras año vienes leyendo y asimilando teorías absurdas, utopías irrealizables, barbaridades revestidas de literatura, que te arrancan la voluntad y te entregan sin defensa a la mano invisible que en la soledad de la redacción del periódico te gobierna y dirige como un peleele. ¡Y la vida es algo más! Tienes derecho a redimirte por la reflexión, y estas líneas van encaminadas a abrirte los ojos y procurarte esa redención.

En todas las páginas de tu diario, en todos los mítines a que asistes verás y escucharás palabras vibrantes que te deslumbran con una imagen bellísima llamada DEMOCRACIA. En nombre de esa imagen te roban tu albedrío; es decir: la facultad de disponer libremente de ti, para sujetarte a la conveniencia de los demás, inicuos explotadores de la farsa, que sólo aspiran a su encumbramiento personal. Y como doctrina fundamental de esa Democracia te citan constantemente estas tres palabras sonoras: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

Pues bien, lector incauto, ha llegado la hora de que pienses por tu propia cuenta y de que te convengas para siempre de que estas tres palabras tan hermosas, tan prometedoras y tan gallardas son TRES GRANDES MENTIRAS, tres ganancias criminales con las que los bandidos de la aventura política te atacan, te desvalijan y te desnudan en plena calle, descerrajando tu cráneo para apoderarse de tu pensamiento y someterte a eterna esclavitud.

Y para que veas que no te engaño, puesto que nada pido de ti; para que te convengas de la sinceridad con que te hablo, yo, que no te pido ningún voto para disfrutar actas con dietas, ni solicito tu apoyo para alcanzar gangas y "enchufes", voy a demostrarte que esas tres frases rimbombantes, pronunciadas todos los días y a todas horas por los farantes de la política, son otros tantos embustes inventados por la tiranía para reducirte a la más espantosa servidumbre.

## Criterio

ADMINISTRACION

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.

Teléfono núm. 90545.

MADRID

## I

LIBERTAD

Es el primer postulado de todas las Revoluciones. Siempre que te anuncien cualquier cambio de régimen en sentido radical te pondrán por delante la palabra LIBERTAD. Primero tratarán de enredar queriendo demostrarte que el régimen en que vivías era un despotismo fiero, una tiranía insoportable, una abyección incompatible con la dignidad humana.

Pero cuando triunfe por tu esfuerzo ingenuo la nueva forma maravillosa que te ofrecen te encontrarás con el siguiente espectáculo:

Un Poder que no te dejará respirar si no te sometes a la voluntad incondicional de los que mandan.

Una fuerza gubernamental que suspenderá todos los periódicos que le molesten, "en nombre de la LIBERTAD".

Un delegado gubernativo que en el mitin pondrá una mordaza en tu boca para que no puedas protestar contra la nueva tiranía.

Una cárcel en la que permanecerás largos meses, ilegalmente, sin que puedan sacarte de ella todos los autos de libertad decretados por los Tribunales.

Una manada de "jabalies" que te quitará el derecho de educar tus hijos con arreglo

a las ideas y convicciones que tengas por conveniente.

Una colección de vividores que te llevarán a la huelga, privándote del jornal, mientras ellos cobran escandalosas dietas, sueldos, emolumentos y toda clase de ingresos ilícitos.

Unos banquetes fastuosos en espléndidos palacios mientras a ti no te llegan ni siquiera las tristes migajas.

Una sensación de asco y arrepentimiento por haber dado tu voto para que se burlen de ti de una manera tan irritante.

Esto es lo que verás en todos los hombres, en todos los países que te hablen de la mentida LIBERTAD, anzuelo miserable que te echan en la charca de la falsa DEMOCRACIA para que piques y te pesquen por el gazañete.

No es necesario que tomes el tren para comprobar lo que te digo. Echa una mirada a tu alrededor y verás cuán pronto llega el convencimiento a tu ánimo. No es cierto que antaño vivieses en la tiranía. Pero aun admitiendo que tal tiranía existiera, podías comer, al menos. Hoy, además de sufrir la tiranía, no puedes comer porque no encuentras trabajo. Y tus hijos, olvidados por tus explotadores, se mueren de hambre.

## PARA CALEFACCION

ANTRACITA PRIMERA

120 pesetas (tonelada)

ALMIRANTE, 12,

y

COSTANILLA DE CAPUCHINOS, 4

TELEFONOS

Números 11945 y 16078

La palabra DEMOCRACIA, como sabe muy bien cualquier persona medianamente culta, procede del griego DEMOS, que quiere decir "pueblo", y KRATOS, que quiere decir autoridad. La autoridad del pueblo. Políticamente significa: "Gobierno en que el pueblo ejerce la soberanía". Pero el pueblo nunca llega a ejercer tal soberanía, porque queda en manos de unos cuantos que se la apropian para acaparar todos los cargos y dejar a un lado a la masa.

El órgano de expresión de esa soberanía es el sufragio, el voto. Pero ya sabéis lo que pasa en las elecciones: chanchullos, falsedades, actas en blanco, amenazas, coacciones, compraventa, simulaciones. Una red interminable de delitos penados en el Código, pero que nunca se hacen efectivos, porque los delincuentes están protegidos por los chanchullos triunfantes. Y cuando alguna vez triunfa el verdadero pueblo contra la voluntad del que manda, como ha sucedido en muchos ayuntamientos, la mano destructora del Poder anula la elección, descuartizando así la voluntad popular. POR ESO EL PUEBLO NO MANDA NUNCA.

En la Declaración de los Derechos del Hombre, sangrienta farsa aparecida con la Revolución francesa, hace más de ciento treinta años, se define la Libertad diciendo que "es la facultad de hacer todo aquello que no perjudique a otro". Y, sin embargo, bajo cualquier régimen revolucionario el ciudadano no puede moverse. Si tiene ideas contrarias al régimen no las puede confesar ni defender, porque una ley especial le sale al paso castigando la libertad de pensamiento. Esa misma Declaración dice que "la propiedad es un derecho inviolable y sagrado", y, sin embargo, nadie tiene sus bienes seguros, porque los explotadores políticos del pueblo dictan leyes absurdas para apoderarse de todas las propiedades que les conviene. También establece "que nadie podrá ser preso o detenido sino en los casos y en la forma que determinen las leyes", y a mi me han tenido siete meses en la cárcel gubernativamente, con tres mandamientos judiciales de libertad. Todas las cárceles de España han sido testigos de esclavitudes semejantes, repetidas en millares de ciudadanos de todas las ideas.

¡Ahí tienes la gran mentira de la LIBERTAD, pueblo incauto y generoso! ¿Comprendes ahora cómo te engañan los que te predicán tanta farsa? ¡Ves clara la falsedad del diario que lees, repleto de cuentos, enredos y trampas?

¡Obrero! Sobre tus costillas anémicas se encarama una turba de "mangantes", parásitos y vagabundos de la pluma y de la oratoria, que sólo buscan trepar a lo alto para obtener su "enchufe" correspondiente. ¡Emancípate de una vez, derribándolos al suelo, y que cojan la azada y doblen el lomo si quieren vivir!

En mi próximo artículo trataré de la IGUALDAD, la segunda mentira "democrática" inventada por la malicia sectaria para apoderarse del alma popular.

# La Marcha de Oriamendi

## Y OTROS HIMNOS CARLISTAS

ESTAN EDITADOS EN MAGNIFICOS DISCOS

DE VENTA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS FONOGRAFICOS

Ayuntamiento de Madrid



## CORRESPONDENCIA ACTUAL

## Sobre una errata, y a propósito de un error

por Ramón SUERO DIAZ

Mi querido amigo: Ante todo he de decirte que encuentro justificada tu extrañeza; has leído unos renglones míos en el número último de CRITERIO y te sorprende que en ellos, incidentalmente, aludiese al supuesto modo de ver Bergamín ese aparatoso, cuanto escasamente eficaz, organismo que es la Sociedad de Naciones; debo confesarte que no tengo el más leve barrunto del concepto que merecerá a nuestro constitucionalista; no sé siquiera si

barata—y equivocada las más de las veces—un antecedente que si en nuestro caso se localizaba en el año 1873 en el de la Compañía se remontaba al de 1766. Por contera una y otra Corporación tenían una sólida tradición científica y una envidiable ejecutoria de austeridad de costumbres que en vano trataron de manchar libelistas de todos los tiempos.

Aquí acaban las analogías y empiezan las diferencias esenciales. Porque mientras vosotros erais afectos al régimen entonces vigente, pero con antecedentes de traza ampliamente liberal, aparecían los Padres, quizá caprichosamente, como enemigos del actualmente en acción, a pesar del bagaje histórico que los acredita de tan próximos a él que he de decirte sin recato que a mí me distanciaba políticamente de ellos.

Pasemos, si quieres, por alto las teorías del P. Mariana—tan traído y llevado—que han servido para prestar apariencias no reprobables a tantas propagandas cuyas consecuencias hoy lamentamos. Apuntemos, como más reciente, el folleto del Padre Ives de la Brière—*Comment concilier autorité et liberté?*—cuya lectura te recomiendo ahora y que antes pudo servir a algún católico ferviente para disculpar su actitud revolucionaria. Pero no se puede olvidar el espíritu y la letra de las Constituciones, de San Ignacio, cuya indiferencia ante las discusiones de los príncipes y cuyo amor universal por todos los partidos y todos los regímenes está tan por encima de mi pecadora inclinación.

Ni se puede perder de vista la experiencia paraguaya en que Voltaire veía el triunfo de la humanidad y que, a mi ver, resta a los Padres espanto frente al peligro comunista que a los demás nos aterra; como su actitud francamente opuesta a todos los nacionalismos; dos puntos que

TAPICERIAS GÓTICAS,  
GOBELINOS Y MADRILEÑAS  
DE LA REAL FABRICA Y  
DE ESPANTALEON, COMPRARIA.

Remítame tamaño,  
asunto, clase, estado,  
conservación y precio a

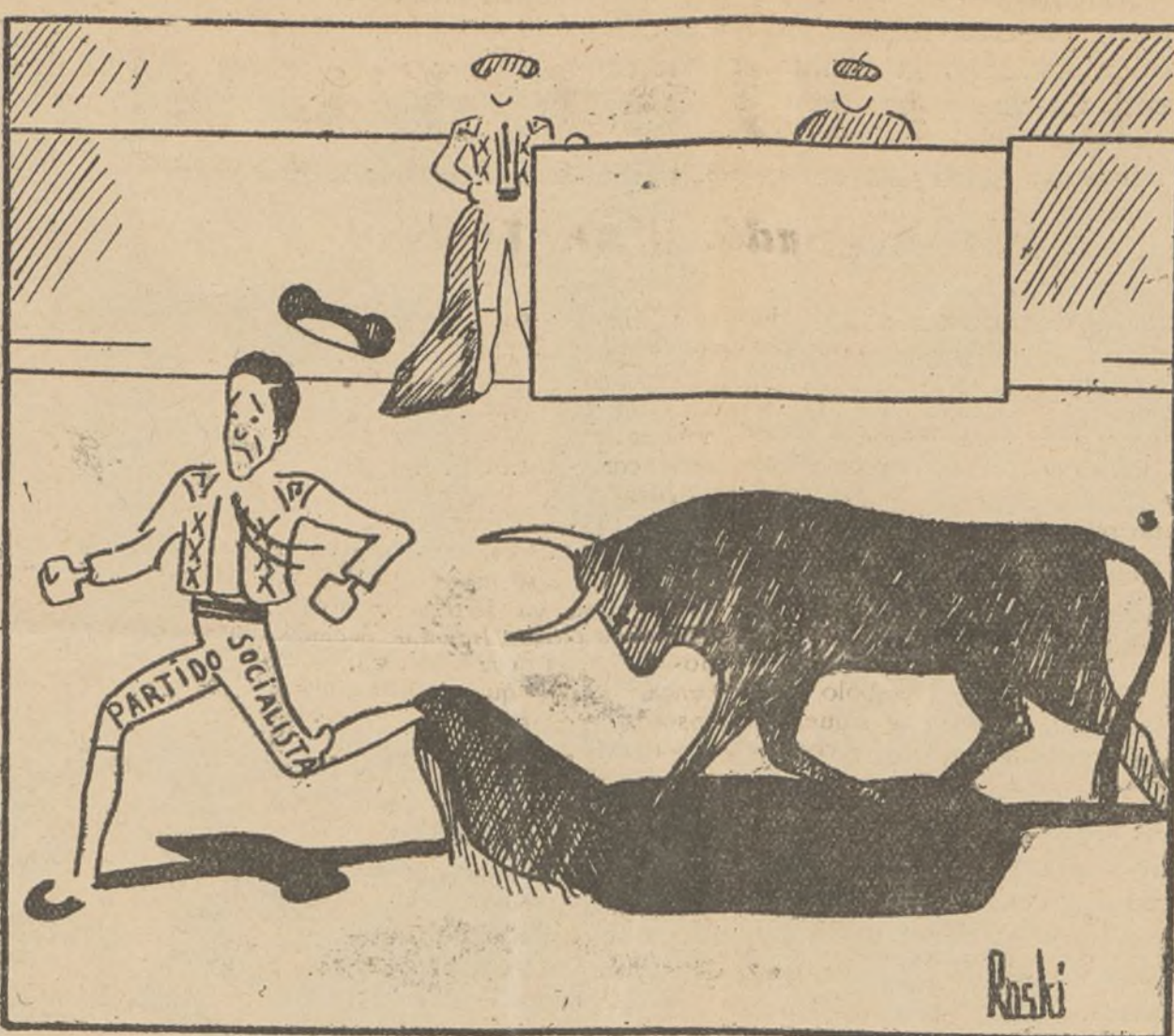
CRITERIO

Señor M.

TAMBIEN COMPRARIA CUADROS,  
TELAS, ARMAS Y LIBROS  
ANTIGUOS

tampoco son de naturaleza que nos aproximen a la Compañía, pero que, juntos con los antes anotados, los situaba, sin duda, más cerca de quienes los expulsan que estamos la mayoría de los españoles.

Pero hay alguna diferencia más esencial; si ambas corporaciones han sido tachadas de herméticas, es la Compañía harta más impermeable a sugerencias, halagos y rencores que la Corporación de que



A TODO HAY QUIEN GANE, por ROSKI

¡El pobre está de capa caída! ¡Vaya un murrado el que le pisa el terreno!...

tú formaste parte; y es bien seguro que ha de rechazar toda proposición de ayuda o de subsidio para ninguna vengativa conspiración. Y por su constitución especial está libre de otro peligro.

De un peligro semejante a aquel cuya primera manifestación fue que unos hombres, confinados en actividades totalmente ajenas a la política, se dejaron captar por hábiles profesionales del revolucionarismo en sus diversos grados, actuando so capa de un espíritu de justicia inexistente, de una comprensión del problema que no les interesaba en absoluto, y de una admiración, fingida, hacia méritos y virtudes en que no creían; hombres que empujados por la curiosidad—sobre todo los más jóvenes—hacia ese nuevo horizonte que se les abría saciaron su deseo de conocimiento en lecturas de un solo matiz y un solo tono para acabar persuadidos de que el estudio les había obligado a rectificar sus ideas (y era cierto; hubieron de rectificar sus ideas, sus pobres ideas políticas, vulgares, captadas y sedimentadas en el ambiente de su vida; que no son, que no se parecen quizá a las verdaderas ideas antirrevolucionarias, que tienen sus exégetas y sus doctores, a los que desconocen lamentablemente; con lo que las ideas vencidas no son las que ellos creían encarnar, las que debían ser norma de vida del grupo social en que formaban, sino una ignorancia política sólida anclada en una cultura científica estimable).

Libres están los Padres del peligro de ir—como otros—perdiendo poco a poco de vista el riesgo de dejar olvidado en un tan imperfecto aprendizaje el culto de su tradición familiar; libres de que, de puntillas, esa fuerza sutil que flanqueó al régimen caído y se instaló cómodamente en el actual—he nombrado a la masonería—actúe como en otras ocasiones, infiltrándose suavemente en las filas de una corporación logrando constituir cuadros prudentemente elegidos—gentes de inteli-

gencia y de prestigio; gentes favorecidas por el don de proselitismo—que supieron empujar primero a la acción en nombre de las tradiciones y, conseguido el fin inmediato, insinuar hábilmente el momento de la transigencia, del conformismo, de mostrar la amplitud de espíritu... de volver, en una palabra, la espalda a todo lo que fué el armazón espiritual de la Corporación que quizá, para los que antes la halagaban, no sólo ha dejado de ser interesante, sino que puede llegar a ser un obstáculo y una dificultad.

No corren estos peligros los Padres; salen de sus casas con dolor; sin que para hacer un ineficaz gesto de protesta tengan que renegar de su historia; y si caminan agobiados es porque pesa sobre ellos—pero la mantienen—una tradición de cuatrocientos años. Marchan seguros de que, más tarde o más temprano, han de volver; como a vosotros, ha de llegar para ellos su hora de justicia.

Y como no tendrán pleitos de familia que ventilar, ni rencores colectivos que satisfacer, ni individualismos de ningún orden a que dar satisfacción, volverán a instalarse en sus casas para seguir la historia de la Compañía, en la que hay tal continuidad que entre el espíritu de la Orden de hoy y el que tenía en el siglo XVI, apenas podía descubrirse mayor diferencia que entre el bonete que usaba el Padre Aguaviva y el que usa hoy el Padre Ledochowski.

Para satisfacción de tus aficiones de erudito hubiera querido mandarte hoy una cosa que no encuentro entre mis papeles: una carta pastoral que en septiembre de 1766 dirigía a sus súbditos con motivo de la expulsión de la Compañía el Provincial de Castilla de los Agustinos calzados, Fr. Alonso Victorero, natural de Lastres (que el viejo Principado de Asturias dió algo más de sí que ministros de todos los matices, incluyendo a Prieto). No doy con ella; otro día irá; no olvides hasta entonces a tu amigo, que te abraza.

## FRAGMENTOS DE UN DISCURSO

## Los orígenes de la primera República española

por don Joaquín NASABAL

(Publicado por El Demócrata, de Montevideo.)

Con la muerte de Fernando VII termina el reinado de la dinastía legítima.

Una reina extranjera unida a una infanta audaz llegan hasta a abofetear a Calomarde, para obtener la proclamación de Isabel como reina de España, alterando así el orden preestablecido, que daba el trono a don Carlos, hermano de Fernando VII y jefe de la rama masculina. Así se consumó la usurpación, y para defender la legitimidad y el derecho surgió el partido carlista.

¡POBRE ISABEL. LA DE LOS TRISTES DESTINOS!

Tu reinado no es más que una serie de combinaciones y desaciertos para consolidar un trono ilegítimo que amenaza derrumbarse. Comprendiendo la reina madre, María Cristina, la fragilidad del trono de su hija, quiere apoyarse en las bayonetas, y una pléyade de generales ambiciosos juegan con ella y con la reina niña.

Expulsan a la madre, presionan a Isabel, y a fuerza de conspiraciones, pronunciamientos e intrigas palaciegas logran bandos, ascensos y títulos de nobleza los generales turbulentos. Espartero, Serrano, Prim, O'Donnell y Narváez son los espadones de aquella época.

Triste y vergonzoso espectáculo ofrece la realidad. La corte de Isabel será conocida en la Historia con el nombre de "La Corte de los milagros", que con su ingenio le aplicó don Ramón del Valle Inclán.

El descontento popular aumenta, e Isabel, asustada, trata de poner coto a las demasías de los generales con las dictaduras de Narváez y González Bravo.

Los mismos generales que la encumbraron y que recibieron de ella a granel prebendas y mercedes, al verse burlados en sus ambiciones le arrojan del trono al grito de "Viva España con honra", "Viva la soberanía nacional".

## LA REVOLUCION DEL 68

Prim, Serrano y Topete fueron los prohombres de la revolución del 68. No hacía mucho que habían sido los favoritos predilectos de la reina Isabel.

La monarquía había perdido su prestigio. El pueblo asistió regocijado a su caída. Sabía que Isabel no representaba el principio de la monarquía tradicional y legítima y permaneció impasible, cuando no contento, en el momento de su destronamiento.

Prim, otro soldado de fortuna, que todo lo debía a Isabel, quiso entronizar a una dinastía extranjera. La caballería y rectitud de intenciones de D. Amadeo no pudo vencer la repugnancia del español a aceptar dominios extranjeros. Prim pagó con su vida su error y Don Amadeo tuvo que abdicar.

Prim, Serrano y Topete, todos monárquicos, derrumbaron el trono de Isabel para satisfacer sus ambiciones. En vez de restaurar la monarquía legítima, que representaba la tradición y el derecho, fueron mendigando reyes por las cortes extranjeras, creyendo ingenuos que el pueblo español toleraría monarcas entronizados por la ambición de generales descontentos.

Atropellados los derechos individuales, desconocida la tradición monárquica legítima, conculcados los fueros y privilegios regionales por esos gobiernos provisórios, presididos por generales ambiciosos, que hacían tabla rasa de leyes y tradiciones españolas, en aras de sus apetitos y lucros personales y partidistas, el partido carlista se alzó, y al grito de Dios, Patria, Rey y Fueros, D. Carlos VII, el rey legítimo, entró en España, al frente de sus huestes, reivindicando sus derechos. Su primer acto fué jurar los fueros y privilegios al pie del secular árbol de Guernica.

Las Cortes Constituyentes de 1869 fueron lo más radicales en principios que habían regido a la Nación española; pero a pesar de eso dejaron siempre a salvo los principios de libertad, que son la base de los estados democráticos. La Constitución declaraba "lícita y legal toda asociación no contraria a la moral", y todos los republicanos votaron la proposición del señor Nocedal que declaraba "que infringía la Constitución quien coartara la libertad de fundar y conservar toda especie de asociación religiosa".

Debí, sin arraigo, la monarquía de Saboya a Cayo, Figueras, Salmerón, Pi y Margall y Castelar recogieron su herencia.

Por primera vez en la historia de España impera el régimen republicano.

## ¡ES LA REPUBLICA DE LOS FILOSOFOS!

La dinastía usurpadora de Isabel, el trono del impopular D. Amadeo de Saboya dejaron una triste herencia a la República.

La guerra carlista en el Norte, el déficit en la hacienda pública, el cuerpo de artillería sublevado, el descontento republicano en Andalucía, y el problema federal, que había de ser la causa, más tarde, de las sublevaciones cantonales que hundieron y desprestigiaron las instituciones republicanas.

El 1.º de Junio de 1873 dieron comienzo a sus trabajos las primeras Cortes Constituyentes republicanas.

Cortes Constituyentes que pueden considerarse como una continuación de las Cortes del 69, porque en éstas como en aquellas florecieron y brillaron los principios democráticos de un grupo de pensadores y de filósofos, que con una gran rectitud de ideas creyeron posible la implantación en España del régimen republicano, pero respetando siempre la ideología y las creencias del pueblo español.

## Boletín de suscripción e 1932

Sr. Administrador de CRITERIO

Avenida Pi y Margall, 18  
MADRID

Muy Sr. mío: Suscríbame por este año y desde 1.º de Enero a la Revista CRITERIO por un ..... , cuyo importe le remito por Giro Postal, sirviendo este de aviso.

Población .....

Provincia .....

Fecha .....

Calle .....

Firma .....

Folleto de CRITERIO

(6)

## La hilandería de la capilla

por V. de Araquistáin

(Continuación)

Pero no; no quiero creerlo. Tú no puedes olvidar que ese suelo está regado con la sangre de tus padres y tus abuelos. El glorioso buque y los bravos compañeros que confié el rey a tu lealtad y tu honor van a buscarte. Tu madre te espera: tú te unirás a ellos, si, y vendrás a mi lado. Pero, ¡ay!, si lo que no creo, fueras capaz de renegar de tu raza hasta el punto de desertar de tu bandera y abandonar la tierra en que has nacido... yo, como francesa, maldiciría tu nombre... como madre, ¡oh!, ¡no podría maldicirte mi corazón, pero moriría de vergüenza por haber dado un traidor a la patria!

Cuando Andra Madalen hubo terminado la lectura, Gastón, mirándole con indecible asombro, la preguntó:

—¿Y bien, señora! ¿Qué me decís?

Andra Madalen no pudo contestar en un rato porque una dolorosa emoción ahogaba su voz en la garganta; pero repentinamente algún tanto, y haciendo un violento esfuerzo, dijo con trémulo acento:

—¡Gastón! Vuestra madre os llama a la patria. ¡El honor a vuestro puesto!

Y levantando después lentamente el brazo, y señalando primero las costas de Francia y después el misterioso buque, añadió:

—Y ¡ay, hijo mío! ¡Vuestra patria es aquella! ¡Vuestro puesto es ese!

En seguida, por ocultar los sollozos que le ahogaban, la pobre señora se alejó unos pasos de allí.

Gastón, enloquecido de desesperación y dolor, se echó a los pies de Catalina, cogió entre las suyas las manos de la niña, las apretó, las llenó de lágrimas, y con la voz entrecortada por el llanto la dijo:

—¿Y tú, Catalina mía, tú, aliento de mi aliento y vida de mi vida... ¿qué dices a esto?

—¿Qué he de decirte yo, Gastón de mi alma, si no sé más que sufrir y llorar? Tu madre y la mía dicen que el honor te obliga a dejarnos! ¡y, ¡ay!, ¡cuando las dos piensan del mismo modo...!

—¡Calla, calla, pobre criatura!—murmuró el joven—. ¡Quieres engañarte y no puedes! ¿Cómo has de vivir tú, pobre tórtola enamorada, sin el compañero de tu vida? ¿Qué importa que tus labios no me hayan abierto esa alma? ¿Qué importa que no te haya dicho mi corazón que hasta la muerte me se-

ría dulce si hubiera de encontrarte tras ella? ¡Ay! ¡Este hermosísimo sueño en que hemos vivido adormecidos, estas inefables delicias en que se han embriagado nuestras almas; la paz, el contento que ha dorado esta breve existencia, dicen bien a mi corazón, por más que calles, cuánto me has amado; dicen al tuyo, cómo te adora mi alma destrizada!

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—murmuraba la joven, ahogada por la felicidad que sentía a tanto amor y desgarrada por la desesperación que le causaba el haber de perderle tan pronto.

Después de un momento de silencio, Gastón, en uno de aquellos arrebatos tan propios de su carácter, exclamó:

—¡Pero esto no puede ser! ¡no debe ser! ¡Tú vas a morir sin mí, ¡estoy seguro! ¡Yo voy a volverme loco si te dejas! ¡Mas si a mí el honor y los malditos deberes me esclavizan a mi patria, tú eres libre! ¡Por qué no has de venir con tu madre a Francia a ser mi esposa?

—¡Oh!, si ella quisiera...

—¿Vendría?

—¡Dios mío! ¡Yo no debiera decirlo, pero, ¡ay!, mi mejor patria sería la que tú habitaras!

—¡Sangre de mis padres! ¡Señora, señora!—gritó luego dirigiéndose a Andra Madalen que volvía hacia ellos—. ¡Oh!, si vos quisierais... ¡Cuán felices podríais haceros! ¡Vuestra hija consiente en dejar a España si queréis acompañarla!

Una palidez de muerte cubrió el semblante de la pobre madre; sacudió todo su cuerpo un estremecimiento violento, y creyó por algunos instantes que la tierra se movía a sus plantas. Pero al fin, haciendo un desesperado esfuerzo, se repuso algún tanto y dijo con acento triste y solemne:

—¡Dios os haga felices! ¡Si ella cree que puede hacerlo, que vaya!

—¡Dios os haga felices! ¡Yo quedaré aquí pidiéndole su bendición para vosotros!

Catalina al oírse se levantó apresuradamente, y, estrechándola en sus brazos, la dijo con sollozos:

—¡Oh!, ¡qué ingrata! ¡qué ingrata! ¡Y habéis podido sospechar, siquiera, que fuera capaz de abandonaros?

—Pero venid vos con ella—exclamó el joven dirigiéndose en tono suplicante a Andra Madalen.

—Es imposible—repuso con desesperado acento ella—. ¡Mi Dios y mi honor me lo prohíben! ¡Aquí en esta tierra vivieron y murieron mis padres, mis hijos, mi esposo, mis hermanos!

¡En esta tierra donde descansan sus cenizas he vivido hasta ahora, y en ella he de morir! ¡Vos no queréis hacer traición a vuestra patria; es vuestro deber; dejad que también sea yo fiel a la mía y a la limpia historia de toda mi raza!

Gastón dobló la cabeza con mortal abatimiento, mientras rodaban por las pálidas mejillas de la noble señora lágrimas de inmensa amargura.

De pronto Catalina, como arrastrada por una inspiración sobrehumana, los ojos enjutos de lágrimas y la mirada resplandeciente con un fulgor fantástico y misterioso, corrió al lado del joven, y tomándole una mano le hizo arrodillarse jun-

to a sí, y haciendo también ella lo mismo, dijo a su madre con dulcísimo y apasionado acento.

—¡Madre mía! ¡Yo he jurado aquí, dentro de mi corazón, amarle hasta la muerte y ser su esposa! ¡Elos ha pedido con lágrimas en los ojos mi corazón y mi mano! ¡Venid, pues, y en nombre del cielo bendicid nuestra unión para siempre! siento una voz interior que me dice que dentro de poco seremos felices. ¡Aquí abajo es imposible! ¡Unidos, pues, madre mía, para que lo seamos junto al trono de Dios!

La noble señora, ahogada por los sollozos, corrió a su lado con los brazos abiertos, y estrechando contra su seno aquellas adoradas cabezas, pidió a Dios su bendición para ellos.

Después de un rato, Catalina soltando una cruz de oro que pendía de su cuello se acercó a Gastón, y pasándosele por la cabeza, murmuró a sus oídos: ¡Valor, Gastón! ¡Dios nunca engaña y suya es la voz que me dice que luego concluirá nuestro destierro! ¡Oh, amado mío! ¡Por la memoria de tu fiel esposa, sé buen cristiano en adelante y hagámonos ambos dignos de ir pronto a celebrar nuestras bodas en sus eternas moradas!

Desde aquel momento no faltó la noble doncella mientras permanecieron juntos a la heroica resignación que se impuso. De tiempo en tiempo brotaba de aquel abismo de dolor hasta sus ojos una lágrima que rodaba como una perla por las mejillas, pero levantando la mirada al cielo se apresuraba a enjugarla, temiendo que lo advirtieran.

El espíritu elevado de Gastón comprendió con admiración el sublime sacrificio de la heroica joven, y purificando sus sentimientos al calor de su alma santa, levantó el pensamiento de este mundo que le cerraba las puertas a esa otra región más pura, haciendo brotar de entre las ruinas de sus destruidos sueños la dulce flor de la esperanza eterna.

Por evitar las dolorosas emociones de una despedida, Gastón abandonó en silencio, a eso de media noche, la casa-torre de Zubelzu, y dirigiéndose al arsenal se embarcó tristemente en el bote que le estaba aguardando hacia algunas horas.

El buque había levado ya anclas, tendiéndose al Oeste para tomar viento, y al orzar el bote en su demanda la punta de Arrangatz, desde donde había de perder de vista para siempre aquella casa en que dejaba sus esperanzas, su porvenir y su vida, el desdichado amante se puso en pie sobre la popa para dirigirla su última mirada.

La noche hasta entonces había estado oscura, muy oscura, y a pesar de eso creyó distinguir en uno de los torreones una forma blanca que se movía entre sombras.

No se engañaba. Era Catalina que aguardaba su salida para verle por última vez.

También se encontraba allí cerca, aunque oculta a sus ojos y comprimiendo con sus manos el corazón porque no le vendieran sus latidos, otra persona que seguía a la pobre niña por aquel camino de dolor y llanto.

¡Pobre madre, que sin tocar siquiera la copa de la dicha había de beber hasta las heces el cáliz de la amargura!



# Los días y las horas

Revista de la SEMANA



Voló el superávit.

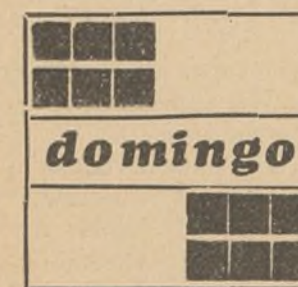
Números... Mañana. Ya la aritmética elemental va dejando de usarse. Vivimos todos y en todo la vertiginosa elevación de los gastos y depresión de ingresos, de las progresiones, y los cálculos son muy propios para el sobresalto y la obscuridad de los logaritmos. ¿No suena todavía en el corazón de españoles aquel grato tintineo metálico y retozo del superávit presupuestario? Parece que fué ayer. Fué ayer sin duda. Superávit en el aliento nacional; superávit en el crédito público; superávit en la finanza del Estado y de las corporaciones municipales; superávit en el volumen del trabajo, en los desenvolvimientos de la industria, en las economías familiares del millonario, del propietario medio, del hombre de las profesiones liberales, del obrero sin huelgas...

Los mismos que un momento lo negaron hicieron pública palinodia rectificándose. Superávit, palabra desconocida en España, que nos ungió de alborozo y hasta nos nimbó de simpatías internacionales.

Ahora el ministro de Hacienda lo dice, hay déficit, pero la situación no es desesperada para el Estado.

Menos mal que queda algún sector donde todavía no ha llegado la desesperación económica.

Sin embargo, va a ser el caso que donde la situación no es desesperada la esperanza en que se confía es que se sacrifiquen los que están en plena desesperación para remediarla.



Testimonio.

Cuántas fotografías publica la Prensa de novicios y padres de la Compañía de Jesús emprendiendo su éxodo forzoso... Y conmovedoras. ¿No lo habían notado? La mayor

parte de los rostros tienen el efluvo de la inocencia más simpática, en los jóvenes; de la paz interior más habitual, en las mayores edades.

Contrastan de un modo llamativo las actitudes y las fisonomías de esos religiosos con las caras de cartón piedra, duras, turbias y descompuestas, o afectadas e inciertas, de la inmensa mayoría de las fotografías laicas que los diarios acostumbran a servirnos con ocasión de tantos nombramientos o de tantas cabriolas de la vida de mundo.

He ahí un testimonio irrecusable que hará fe plena en el juicio de la posteridad sobre la persecución del día presente.

Para el buen juez, más que las palabras y las argucias hablarán las expresiones fisonómicas, el significado de los rostros y de las actitudes, la sencillez, la claridad y la tranquilidad de los perseguidos y las marañas expresivas de los mascarones que la mundanidad exalta.

Cuántas buenas personas en la desgracia del mundo y cuánto triunfo en él de personas que... ni tienen cara de serlo.



Añicos.

Los jabalíes a colmillazos. Pero entre sí. Diez meses que se estrenaron nuevos partidos y ya han quebrado en mil añicos cada cual su menguada unidad.

Con fiereza, con agresiones, con la ropa más sucia en danza.

Eso son los partidos ¿Estos?... ¡Oh!, si fueran sólo estos... ¡Todos! Los de ahora y los de antes, los de abajo y los de arriba, los de aquí y los de allá.

¡Partidos! Entregar a los partidos un pueblo, una historia, una civilización... Locura mayor no ha conocido el mundo.

Porque siempre, donde quiera que se han formado partidos, la marcha social y la paz pública han sufrido menoscabo. Por ocasionales y transitorios, espontáneos y ligeros que hayan sido.

Pero cimentar la vida pública, la dirección nacional, la ventura social en partidos permanentes, eso es lo más absurdo que puede crearse.

Mientras tanto, los cuerpos sociales naturales, sujetos de verdadero derecho, que son la normal diferenciación de legítimos intereses y que constituyen la organización de los pueblos, esos no existen, o sus meros brotes se agostan en la indiferencia, en la hostilidad o en la lucha fratricida.

No, no son los países democráticos modernos arrasados por la trituradora del individualismo, sociedades organizadas; son hordas en perpetua contienda intestina.

Y la guerra civil llega hasta el interior de cada individuo, que a las ocho es místico, a las once aventurero, a las doce partidario de un figurón, a las tres de otro, a las cinco conservador, a las siete espíritu fuerte, a las nueve profeta y a las doce el inconsciente perfecto sin cuenta del día ni noción del tesoro que ha derrochado jugando a la charlatanería, al opinionismo y a la estupidez.



García Sanchiz.

Cuanto más viejo se es, si el juicio no falta, el trabajo absorbente se estima más. ¡Es tan distraído no sentir

que se marcha la vida! Así hay viajeros experimentados que reducen a cuartas partes la pesadez y lentitud de los caminos con el sabio instrumento de la conversación, de la lectura o del sueño.

Pero toda regla de saber vivir quiebra alguna vez. Y es sensible no tener libertad para oír las charlas soviéticas de García Sanchiz.

Desde niño modelaba en policromías. Le recuerdo leyendo—¡ya hace años!—un cuentecillo luminoso: *La caracola*.

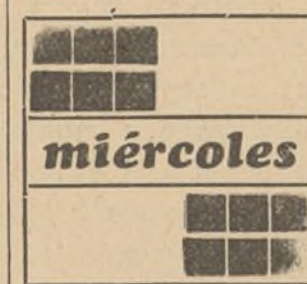
Plastificador y colorista con el idioma, a la madurez ha estilizado un arte con procedimientos de otro: pinta con palabras.

Y en sus relatos de Rusia es—lo sé, aun sin haberle oído—el testimonio que más me inclina a la certidumbre.

Porque García Sanchiz, bajo su capa de frivolidad, tiene cada día en más lozano retoño el corazón, y bajo su cosmopolitismo y mundana modernidad vive y sustenta su espíritu la raíz de tanta savia tradicional del valenciano. La sazón la van poniendo los años y la propia raza.

Y dudo que entre tantos como han pasado ya por el paraíso o el infierno soviético haya quien le aventaje en la fidelidad plástica y en la espontánea exactitud de la repugnancia de aquel cuadro exótico en el tiempo, en el espacio, en las inteligencias y en el sentimiento.

¡He ahí uno de los días que hubiese celebrado no tener las sujeciones del trabajo!



Víctimas propiciatorias.

Mientras se ultimaban los proyectos de ley del divorcio, reforma agraria y otras pequeñeces, Sainz Rodríguez, en una conferencia, exhorta a las derechas para que abandonen su papel de víctimas.

Suena bien y tiene razón. Pero no es nada lo que pide...



EN RUSIA SOVIETICA

—¿Usted era ya verdugo en tiempos de los zarés?  
—Sí; pero ahora se es más libre.

Dibujo de Hermann Paul, en J. Suis Partout.

Volver a ese sector de dentro a fuera. Y a la hora justa en que el papel de víctimas ya no es una opción desatinada, sino una lección amarga.

Como que ahora son realmente víctimas de no haber sabido hacer más que ese papel.

A la hora en que todo el bien era fácil eligieron el papel de víctimas del mal, que se contentan con el menor... en sus pesimismo.

A la hora del fácil remedio se contentaron con hacerse víctimas de que el mal no lo tenía.

A la hora de la lucha sin grandes riesgos, se sintieron víctimas claudicantes.

A la hora de salvarlo todo se sintieron víctimas resignadas con no perder su acomodo.

A la hora en que no había enemigo se sintieron víctimas de la imprudencia de quienes no tenían miedo.

A la hora de los primeros peligros se sintieron víctimas que esperaban quien las salvase.

A la hora de su fracaso se creyeron víctimas de las circunstancias.

Derechas... ¿derechas, de qué? Derechas de la Revolución.

Y para no ser víctimas de la Revolución no hay sino salirse de ella y ponerse en frente hasta vencerla.

No tienen arrestos para hacerlo hoy, en que la Revolución es tan fuerte, por

su culpa, que el combate necesita de héroes.

¡Bien por los tradicionalistas!

No sirve de gran cosa en las Cortes liberales, éstas y las otras, nada que sea justo y razonable.

Pero está bien la intervención de los diputados tradicionalistas en inculpar el decreto contra la Compañía de Jesús.

Admirable discurso de Lamamié de Clairac.

Alentado, valiente, caballeresco el de Beunza.

Acertado, sustancioso, explosivo de buena cultura el de Pildain.

Tenemos la satisfacción de que se han dicho en voz alta para todo el país las cuatro verdades.

Son, ya se ve, convenientes, indispensables, algunos diputados de la buena doctrina en el Parlamento.

Pero, ¡cuidado con las ilusiones! Con las ilusiones tácticas para lo sucesivo.

Por las elecciones y las Cortes no vendrá jamás nada de provecho eficaz para España.

No confundamos la protesta solemne, pero siempre víctima, con la acción política capaz de reconstruir la Nación. Ya se ha visto lo que puede espe-

rase de las Cortes: atropello y guillotina.

Fuera de las Cortes hay que hacer lo más. Si se hubiera empleado el tiempo, el esfuerzo y el dinero que han consumido tantas elecciones y tantas Cortes en otras actividades políticas, de propaganda y de organización operativa, no estaríamos en el trance y pasión presentes.

No es torpe el que yerra, sino el que no lo conoce y vuelve a errar.



Se acabó.

¿Lo ven ustedes? Yo no lo dudé jamás. Tanto rumor, tanto bulo, tanto traer y llevar al general.

Un mito más. Otra canonización política sin razón que la abonase. Otra fantasía creada en la terca ilusión de que les salven.

Bien lo dijo el ministro: El general tiene la confianza del Gobierno y el Gobierno la del general.

No hagan ustedes caso de lo que se dice en las calles y todo el mundo da por cierto. Conque todos lo aseguren hay bastante para que no sea verdad.

No fien ustedes jamás de la opinión pública: siempre se equivoca.

No esperen ustedes nada bueno de los mitos.

La salvación no está en el capricho, ni en las ilusiones, ni en los secretos del vulgo.

No lo esperen todo de los demás. Fien ustedes en sí mismos, si se sienten dignos de inspirar fe.

Fien ustedes en la generosidad, que no se divulga, ni está en candelero, porque cuanto más grande es, es más oculta.

Y si sólo tienen ustedes gana de pasar el rato con despreocupación, entonces pueden ustedes hallar lo que les interesa en el festejo de algunas leandras.

H. de L.

RIVADENEYRA (S. A.)—ARTES GRAFICAS—MADRID.

Sr.

Administrador

de

“Criterio”

Avda. de Pi y Margall, 18

MADRID

## ANUNCIOS POR PALABRAS

DIEZ CENTIMOS PALABRA — MINIMUM, CINCO PALABRAS

CASA DE VIAJEROS recomendada: Manuel Hernández. Baño, cocina esmerada. Corredera Baja, 14, principal. Teléfono 11627.

SACERDOTE proporciona excelente hospedaje a estudiante católico. Escribid: Apartado 8.099.

DOCTOR EN CIENCIAS se ofrece para clases. Individuales, cinco pesetas hora; colectivas (hasta tres discípulos) tres pesetas hora. Razón: CRITERIO.

COMPRA-VENTA de toda clase de fincas; hipotecas primera y segunda detrás del B. H. Razón: CRITERIO.

PROFESORES ambos sexos, todas facultades y disciplinas intelectuales, doctrina

segura, moralidad y diligencia; pueden encontrarse, seguramente, demandándolo, con indicaciones precisas a la Administración de CRITERIO.

CAPITAL para empresas de carácter social, eminentemente conservador y patriótico, interviniendo directamente los aportantes, interesaría. Razón, en esta Administración.

(7)

Folleto de CRITERIO

brumas, tras las cuales buscaba al dulce objeto de su amor perdido.

¡Ay! ¡Cuántas lágrimas costaba a la desdichada cada una de las sonrisas que habían deleitado su alma! ¡Cuántos gemidos cada uno de aquellos dulces suspiros! ¡Cuántas horas y cuántos días de dolor y llanto los rápidos y breves momentos de su dicha!

Alguna vez su triste madre, sintiendo rebosar de su corazón afligido el dolor que la causaba la constante presencia de aquel sufrir sin tregua ni consuelo, decía: ¡Oh! ¡Por qué le conocimos... Dios mío!

Entonces su hija, tapándole los labios con la mano, respondía:

—¡Oh! ¡No digáis eso, madre mía! ¡Si otra vez me encontrara libre y volviera yo a verle, volvería de nuevo a amarle, aunque arriesgara por su amor mi vida!

—Pero, ¡ay! ¡Amar sin esperanza... es una locura, hija mía! ¡Es menester olvidarle!

—¿Olvidarle? ¡Vos no sabéis lo que es amar, madre mía! ¡Prefiero morir con su recuerdo que vivir sin amarle!

La pobre señora, en vista de una pasión tan profunda, levantaba con desesperación los ojos al cielo ocultando las lágrimas que la asaltaban.

¡Pasaron dos meses! Catalina observó en este tiempo que su madre se hallaba muy afanada en algunos arreglos de casa. Un día, sobre todo, notó con asombro que su ruca permanecía hasta la hora de paseo arrinconada en un ángulo de su cuarto; y era esto tan extraordinario en las costumbres de la buena señora que la joven comprendió que debía ser asunto sobremediano importante el que hasta tal punto conseguía preocupar su atención, haciéndola olvidar por tanto tiempo las dulzuras de su pasión favorita.

Aquella tarde salieron como otras veces a la Talaja. La joven se sentó, como tenía por costumbre, a los pies de su madre, y se entregó a sus dolorosos recuerdos.

Andra Madalen, por su parte, principió a hilar con más afán que nunca, revelando la profunda excitación de su alma en el movimiento nervioso que oprimía a sus dedos.

En efecto, al poco tiempo con dolorosa emoción la fisonomía pálida y triste de su hija.

En seguida, dándole un beso en la frente, la preguntó con dulce y cariñoso acento:

—¡Dime, Catalina mía! ¡No habrá nada en el mundo que pueda aliviar tus penas?

—¡Nada!, madre mía! ¡Nada!—respondió la joven con voz entrecortada por el llanto.

—¿Y sufres mucho, no es verdad?

—¡Oh, mucho, mucho!

—¡Ay, sí! ¡Yo sé lo que es eso! ¡Cuando yo perdí a tus hermanos y tu padre, sentí aquí en mi corazón y en mi cabeza... un dolor tan grande... tan grande, que me hubiera vuelto loca o me hubiera muerto, si no es por ti que te veía huérfana y sola!

¡Oh, madre mía!—exclamó la joven echándole los brazos al cuello y dándole un tierno abrazo.

—Yo sé muy bien que en nuestra familia los pesares matan! ¡Yo como tu vida es más preciosa para mí que todos los bienes y consideraciones del mundo, he pensado poner término a ese dolor que te va minando, yendo a vivir contigo a Francia, donde te pondrás buena.

—¿Qué escuchó? ¡Sabéis lo que decís, madre mía?

—¡Sí, sí! Las leyes del honor no obligan a las mujeres con el rigor que a los hombres. Iremos, pues, y verás a Gastón. Te unirás a él y volverá el color a tus mejillas y la sonrisa a tus labios.

—¡Callad, callad!

—¡Oh, no! El dolor mata. Tú no sabes eso, pero yo sí; y como yo quiero que vivas, preciso es que marchemos.

—Pero vuestro cariño os ciega! Ni yo sufro lo que os figuráis, ni aunque nos costara la vida podríamos abandonar nuestra patria. ¡Creéis que por haber cometido en un momento de locura la ligereza de decir a Gastón que le seguiría, puedo olvidar yo que muchos de mi familia han muerto a manos de los franceses? ¡Habréis podido figuraros que me he de unir con un hombre a quien su deber oblige tal vez mañana a saquear nuestros puertos y a ensañarse en sus habitantes para venir a mis brazos manchado con la sangre de nuestros parientes y amigos?

—Pues yo te digo que no sólo es posible sino que habrá de hacerse. Por la primera vez de mi vida te recordaré que aquí quien manda soy yo, y que es deber tuyo sujetarte a mis órdenes.

La joven reflexionó un momento y preguntó luego:

—Y decidme, en ese supuesto, ¿para cuándo dispondrías el viaje?

—Para dentro de un mes.

—¡Oh!—dijo para sí Catalina—dentro de un mes Dios habrá tenido ya piedad de su hija y la habrá llevado a su lado. Dejemos, pues, a mi pobre madre unos momentos de consuelo en cambio del espantoso golpe que la amenaza. En seguida levantó la voz, y dijo:

—¡Bien, madre mía, seréis obedecida! Dentro de un mes podréis disponer según os plazca de vuestra hija.

Un rayo de felicidad bañó el semblante de la triste señora, que creyó haber robado a la muerte aquella adorada y preciosa existencia.

Poco tiempo después, y de vuelta en casa, la pobre madre, postrada en su oratorio, decía con lágrimas en los ojos: “¡Oh, queridas y venerandas sombras de mis mayores y de cuantos amé en el mundo! ¡Perdonad si os abandona esta mujer débil

e indigna de tan noble raza! Sé que caerá la vergüenza sobre la degenerada señora de Zubezu, y que su memoria será condenada a la infamia en estas nobles montañas, a donde nunca llegó la traición... ni la debilidad acaso, pero ¡ay! Yo salvaré a mi hija y moriré contenta.”

Pasaron quince días, y Andra Madalen veía con doloroso asombro que la esperanza de su próxima felicidad no había hecho en la joven el efecto que se iba prometido. Lejos de mejorar parecía que se iba debilitando de día en día.

Sin embargo, la buena señora estaba íntimamente persuadida de que aquel estado era accidental, y que el cariño y la comunicativa alegría de Gastón la reanimarían al punto; y como el día de la partida se iba aproximando, se ocupaba en los preparativos con toda tranquilidad y confianza.

La tarde de que vamos a ocuparnos costó, sin embargo, a la joven tanto trabajo el subir a la Talaja, que lloró al convencerse de que sería aquel el último día en que podría entregarse a la dolorosa satisfacción de contemplar las costas de Francia.

Era una de esas tardes de otoño, serena y triste, en que ostenta el cielo un azul purísimo y brillante, y en que la mar, mecida por el tibio soplo del solano, parece que dormita blandamente en su lecho de arena.

El apagado y armonioso murmullo de las tenues ondas, resbalando suavemente entre las algas marinas, semejaba la acompasada respiración del Océano.

El silencio cubría con sus alas la tierra y el espacio; y ningún ruido, ningún grito, venía a turbar su misterioso encanto.

Andra Madalen, sentada sobre la yerba, hilaba a toda prisa, gozando en la felicidad que aguardaba a su hija y en lo dichosa que sería ella al mirar su semblante animado, sus alegres sonrisas y aquel aire de salud y de contento que brilló en su fisonomía en todo el tiempo que vivió con ellos el gallardo Vizconde.

Su hija, sentada como siempre a sus pies, contemplaba las brumas que flotaban sobre el cabo de Hener, y hubiera querido rasgarlas para descubrir aquella tierra en donde creía su alma entrever la arrogante figura del enamorado mancebo, cuyo recuerdo la ocupaba a todas horas. “¡Oh!—se decía para sí—¿cuándo acabarán esta dolorosa peregrinación y esta agonía? ¡Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros y reúnenos cuanto antes a tu lado!”

Así pasaron mucho tiempo. El sol iba cayendo poco a poco, dejando tras sí esa triste hora del crepúsculo de la tarde.

De pronto un buque, doblando majestuosamente la punta de San Antón, principió a cortar con rapidez las aguas en dirección a Deva. Traía todas las velas tendidas, y a merced del violento empuje del Sur, adelantaba como una flecha, levantando con su proa una montaña de espuma.

Las miradas de la joven se clavaron tenazmente en él atraídas por una fascinación misteriosa. Según se acercaba crecía su agitación, y vagos y tristes presentimientos llenaban su alma. Al poco tiempo, sus ojos podían distinguir su gallarda arboladura y hasta los marineros que se movían sobre el puente.

Catalina se estremeció rudamente al reconocer la semejanza de aquel buque con otro que hacía poco le había robado sus esperanzas y su dicha; y al ver flotar sobre su palo mayor una bandera negra, sintió oprimírsele de temor el pecho, como si le hubieran echado encima la losa de una tumba.

La nave, al llegar frente a la rada, amainó las velas y quedó balanceándose suavemente. A los pocos momentos descolgaron un bote, y metiéndose tres hombres dentro de él, emprendieron por el puente.

Catalina y su madre, que contemplaban aquellas maniobras con alarmante inquietud, se levantaron sin decirse una palabra, y bajando a la playa, se dirigieron hacia la punta del arsenal.

Pero antes que ellas llegó allí el bote, de donde saltó a la arena en cuanto estuvo atracado uno de los marineros que lo tripulaban.

Al ver a las señoras, se detuvo un momento como indeciso, pero en seguida se dirigió a su encuentro con paso lento y perezoso.

Catalina, que estaba observando atentamente todos sus movimientos, murmuró para sí:

“¡Oh, Dios mío, Dios mío!... ¡Si es lo que temo, da fuerza a esta desdichada para resignarse y adorar tu santa voluntad!”

El marino se había acercado a ellas y se detuvo respetuosamente a alguna distancia.

Andra Madalen se aproximó a él, y con voz trémula le preguntó:

—¿Venís tal vez a buscarnos?

—Sí, señora—respondió con triste acento el hombre.

—¿De parte de...?

—¡Sí, señora! De parte del Vizconde de... y el honrado marino se detuvo sin atreverse a continuar.

—¿D'Aprefort?—preguntó la joven temblando.

—Es verdad, del mismo.

—¿Dónde está? ¿Qué dice? ¿Qué nos quiere?

—Son bastante tristes las noticias que traigo...

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!—exclamó Catalina con un grito desgarrador.

—¡Señora!... Yo..., no digo...

—¡Es igual! Me lo dice mi corazón que estalla..., el luto de vuestro buque... y vuestra misma confusión... ¡Ha muerto, sí! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La desdichada vaciló sobre sus piernas, y hubiera caído al suelo si su madre no la hubiera sostenido, haciéndola luego sentarse en la arena, con la cabeza apoyada en sus brazos. Después de haber llorado largo rato, Catalina llamó al hom-

(Continuará.)